

« Ni á salvar á mi amante de la muerte.
« Mi padre, sus dos hijos, desgraciados
« Fueron por él, y de mis tristes sienes
« Mi corona se hundió; por él los bienes
« Perdí que me quedaban, destinados
« A contrastar del hado los vaivenes,
« Y, pues que dar mi vida
« Es el único arbitrio que me resta,
« A morir por su amor estoy dispuesta.
« Al poner mi propósito por obra
« Me arredra, empero, la fatal zozobra
« De que, faltando el rey á su palabra,
« En vez de una no mas, dos tumbas abra.
« Este temor me obliga
« A que mis males diga
« A cuantos paladines
« Llegan de aquesta tierra á los confines.
« Mi objeto es hallar uno que, conmigo
« Viniendo ante mi pérfido enemigo,
« Exija que á Bireno ponga libre
« Cuando el hierro mortal contra mi vibre;
« Mas tanta hasta hoy ha sido mi desgracia,
« Y del rey tan notoria es la falacia,
« Que encontrar no he podido
« Quien me conceda la merced que pido.
« Todos temen al rey; terror do quiera
« Inspira esa arma atroz que despedaza
« Cual si fuera de vidrio una coraza.
« Si bajo de esa hercúlea faz se esconde
« La virtud que al esfuerzo corresponde,
« Y si el favor que á una infeliz se debe
« De tí mi ruego á recabar alcanza,
« Ven conmigo ante el rey. Su brazo aleve
« Ante tu vista sacie su venganza;
« Mas al ménos, señor, ántes que espire
« Libre y seguro á mi amador yo mire. »
Así dió fin la dama á su discurso,
Interrumpido á su pesar mil veces

Por dar al llanto y los suspiros curso.
 El valeroso príncipe de Anglante
 Oye su mal, y de su caro amante
 No solo quiere libertar la vida,
 Sino que á ver á la doncella unida
 Con él y libre en breve se dispone,
 Como á su brazo el Cielo no abandone.

Ansioso luego por llegar á Ebuda,
 Se embarca sin tardar. Próspero viento
 Hinchá la vela y por la mar la guía.
 Ya de Zelandia una isla divisando,
 Otra se deja atrás, y al tercer día
 Las holandesas costas mira Orlando.

En el buque dejando
 A la hermosa doncella, le encomienda
 Que á tierra no descienda
 Mientras decir no escuche que castigo
 Recibió ya su bárbaro enemigo.
 Armado, desembarca
 Y un alazan pujante,
 Nacido en Dinamarca
 Y nutrido en los prados de Brabante,
 Junto á la playa ve. Lijero salta
 Sobre él, ansioso de suplir la falta
 De Bridadoro, su corcel gallardo
 Que igual no tiene, fuera de Bayardo.

Así llega á Dordrech y custodiada
 Su puerta ve por gruesa hueste armada,
 Ya porque todo mando, y mas los nuevos,
 Exijan precauciones y cuidado,
 Ya porque ha circulado
 Rumor de que, con flota y gente amiga,
 Del duque de Zelandia un primo viene
 A romper la cadena que lo liga.

« Vé, » dice Orlando á un guarda,
 « Y al rey tu dueño di que aquí le aguarda
 « Quien, queriendo con él medir su acero,
 « Hoy le provoca á singular batalla.

« Dile tambien que en mi poder se halla
 « La que á su jóven hijo
 « La muerte dió; y en fin dile que suya
 « Será como en la liza me destruya.
 « Mas su palabra por mi parte exijo
 « Que, si vencido en la batalla él queda,
 « Poniendo al duque en libertad al punto,
 « Partir adonde guste le conceda. »

Lleva el soldado en breve
 La nueva al rey, que, al escucharla, aleve
 A meditar empieza con qué trama
 Al defensor cautivo y á la dama.
 No dudando, si cierto es lo que escucha,
 Ver satisfecha su ausia y su fatiga
 Como al guerrero aprisionar consiga,
 A treinta de los suyos un rodeo
 Manda tomar, de forma que, llegando
 En silencio á aquel sitio,
 Juntos ataquen por detras á Orlando.
 Con pláticas algunos le entretienen
 Mientras los otros á embestirle vienen,
 Y, su victoria el rey creyendo cierta,
 Con nueva gente acometió la puerta.

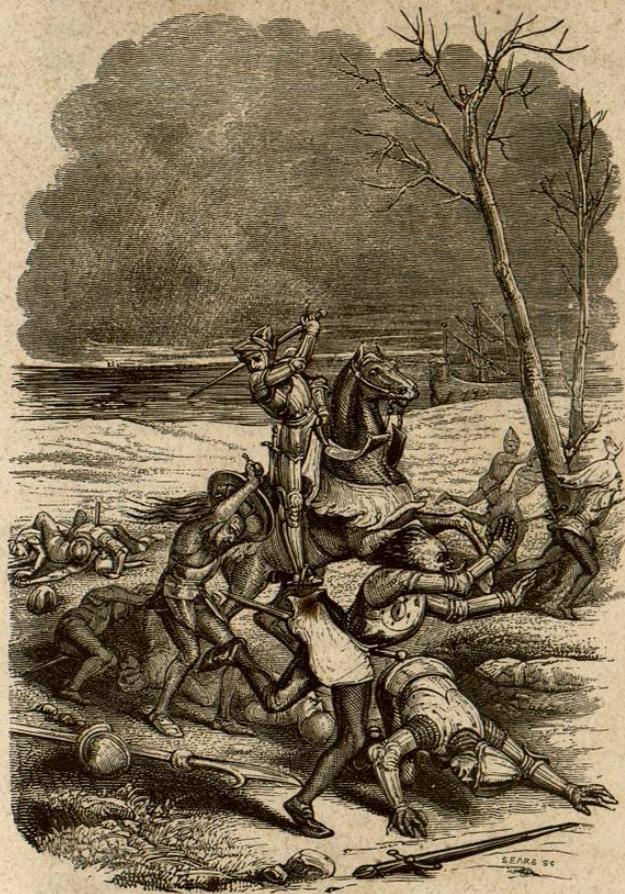
Cual la fiera y el bosque ciñe á veces
 Al mismo tiempo práctico montero,
 Cual, de Volana en la mansion profunda
 Las olas y los peces,
 Con ancha red, el pescador circunda,
 Así el rey al guerrero
 Todos los medios de evadirse corta.
 Vivo tenerle en su poder le importa,
 Cual cumple al cazador conservar viva
 La primer presa que en sus redes cae,
 Con cuyo canto atrae
 La banda toda que despues cautiva,
 Y tan seguro el rey lograrlo cree,
 Que ni aun recurre al arma que posee.
 En ser su presa, empero, no consiente

El paladin valiente :
 El cerco rompe con la lanza en alto ;
 Adonde ve mas gente y mas dispuesta ,
 Audaz dirige el vigoroso asalto ,
 Y cual ensarta tirador certero
 Las ranas de un estanque en su ballesta ,
 Asi , con el lanzon en sangre tinto ,
 Cual si fueran de pasta ,
 Al uno y al segundo y al tercero ,
 Envasa el paladin ; y al cuarto , al quinto
 Y al sexto en fin ; el asta
 No pudo dar al séptimo cabida ;
 A tierra , empero , lo arrojó sin vida .

Rota su lanza , arrójala y descíñe
 El hierro matador que en rojo tiñe
 Lo azul , lo blanco , lo amarillo y verde .
 La vida á cada golpe ,
 Ora un infante , ora un ginete pierde .
 Siente el frison entónces su arma infanda
 Haber dejado en la ciudad , y manda
 Que á buscársela vayan sin demora ;
 Mas vanos son sus gritos , sus ofertas ,
 Que en la inquietud que á cada cual azora
 Nadie á pasar se atreve por las puertas .

Dispersa y fugitiva al ver su gente ,
 A la fuga el frison tambien se antrega .
 Corre á la puerta y quiere alzar el puente ,
 Cuando á su lado el caballero llega .
 La espalda vuelve el rey , abandonando
 El campo al conde Orlando ,
 Que de la turba débil é indefensa
 En perseguir la destruccion no piensa ,
 Y que en vano , aguijando
 A su corcel pesado con la espuela ,
 Quiere alcanzar al que delante vuela .

Esquivándose al fin , el rey no tarda
 En retornar por el opuesto lado
 Con el arma fatal , y al conde aguarda



Orlando destroza los soldados de Cimisco. (T. I, p. 140.)

Tras una roca, cual montero astuto,
Junto á sus canes emboscado, espera
Al indómito bruto

Que, asolando cuanto halla en su carrera,
Los montes estremece y la ribera.

No bien venir á Orlando hácia la roca
Advierte el rey, en el gatillo toca.

Rápido cual relámpago y del trueno
Imitando el fragor, ardiente bala
Lanza el hierro mortal del hueco seno;

Mas, ora sea el excesivo anhelo
En que el impío rey arde

De arrebatár al paladin la vida,

Ya que temblando el corazón cobarde

Haga temblar al brazo, ya que el Cielo

Al bravo entre los bravos paladines

Quiera guardar para mas altos fines,

Sin tocarle, la bala

Los flancos atraviesa á su caballo,

Que al suelo viene y que la vida exhala.

Cual de la ardiente arena,

Que oprimió con su mole, redobladas

Sus fuerzas con la pena,

Se alzara un día el furibundo Anteo,

Así, cayendo el paladin valiente,

Su enojo y fuerzas duplicarse siente.

Quien vió rayo lanzado

Por el brazo de Dios hasta la tierra,

Penetrar en la bóveda do azufre

Y salitre y carbon junto se encierra,

Que, con fragor horrisono inflamando

Cuanto en ella se encuentra,

Los mármoles arranca de sus muros

Y al cielo lanza sus pedazos duros,

Imaginar podrá con que presteza

Se alzó de tierra el paladin de Anglante.

Al mirar la expresion de su semblante,

Lleno el rey de terror, vuelve la brida

Y á entregarse á la fuga va ligero;
 Mas, cual flecha del arco despedida,
 En seguimiento suyo va el guerrero,
 Y haciendo á pié lo que á caballo en vano
 Hasta entonces intentó, con increíble
 Velocidad persigue al rey, le acosa,
 Le alcanza y tan terrible
 Golpe le da, que su tajante espada,
 Hiriendo en la celada,
 La frente hiende y por el pecho sale,
 Mandándole á que exhale
 Tendido en tierra la postrer boqueada.
 En esto, de caballos y de gente
 Y armas rumor en la ciudad se siente,
 En la cual con las huestes, que conduce
 De apartadas regiones,
 Un primo de Bireno se introduce.
 Despavorido, sin saber de donde,
 A que fin, ni con quien viene esta gente,
 Huye el pueblo á su vista; mas su traje
 Bien presto conociendo y su lenguaje,
 Vuelve, se forma; y, con su jefe al frente,
 Blanco pendon, alegre tremolando,
 Ante el príncipe llega, y paz le pide,
 Y su auxilio le ofrece
 Contra el rey á quien teme y aborrece,
 Y acusa de haber dado con su mano
 Muerte á su antiguo y caro soberano.
 Orlando como amigo se interpone,
 Y una liga propone
 Que á la vez á ambas partes satisfaga.
 La guerra á Frisia llevan en seguida,
 Y con la libertad ó con la vida
 Cada frison sus injusticias paga.
 De la prision del duque, en esto, abiertas
 Cayeron con estrépito las puertas.
 Bireno, al verse libre,
 Mil muestras da de gratitud á Orlando,

Y juntos conversando
 Llegan al puerto donde aguarda Olimpia,
 Tal es el nombre de la bella dama,
 A quien el pueblo por su reina aclama.
 Contenta con salvar al caro duque,
 Aun de su vida á costa, no creía
 Que á ser repuesta en el paterno solio
 Y á verse unida á su amador venia.
 Imposible sería
 Referir el encanto, la delicia
 Con que al uno acaricia el otro amante,
 Y con que unidos ambos
 Las gracias dan al paladin de Anglante.
 En el solio paterno
 Repuesta la doncella, al caro jóven,
 Con quien la liga ya vínculo eterno,
 Las riendas del gobierno
 De sí propia le entrega y de su estado;
 Mas, por nuevo cuidado
 Atormentado el duque, en manos pone
 De su pariente el mando de su reino
 Y á partir á Zelandia se dispone
 Con su esposa, á quien dice
 Que atacar luego á Frisia se propone.
 Y de esta tentativa
 Da por seguro el éxito, cautiva
 Teniendo entre sus otros prisioneros
 A la hermana de Arbante, cuya mano
 Dar piensa, dice, á su menor hermano.
 Viendo á Bireno en libertad, no tarda
 En dar Orlando suelta á sus deseos,
 Parte pues, y, de todos los trofeos
 Que en esta lid obtuvo Balisarda,
 Solo el arma del rey consigo guarda.
 Guárdala sí, mas no con el intento
 De usarla nunca en la defensa suya,
 Que no ignora que arguya
 Un pecho desleal y un alma baja

El entrar en combate con ventaja;
Mas por lanzarla á sitio do la estorbe
De retornar á perturbar el orbe.

Así, no bien en alta mar se vido
Y de tierra perdido
Las costas hubo al uno y otro lado,
Las balas y los polvos
Y los demas enseres recogiendo;
« A fin, » dice, « que nunca de tu ayuda
« Valerse pueda ignoble caballero,
« Contra el valor y esfuerzo verdadero,
« Oh abominable invento, que, sin duda,
« En las cuevas del tártaro profundo
« Para ruina del mundo
« Hizo el genio del mal, vuelve, y por siempre,
« A la infernal morada,
« De do saliste en hora malhadada. »

Dice, y la arroja al mar. El viento en tanto
Hinche las velas y al guerrero guía
Hácia la insula impia.
Por hallar á la dama á quien adora
Es tal su afan, que la menor demora
Ni en Ibernica hacer piensa ni en Bretaña,
Temiendo allí que alguna nueva hazaña
Que acometer á presentarse venga,
Y que mas tarde tenga,
Falto ya de consuelo y de esperanza,
Que deplorar en vano su tardanza.

Miéntas así, por el amor herido,
El buen Orlando por los mares anda,
A asistir á las bodas os convido
Que celebrarse deben en Holanda.
Mas espléndida, dicese, y mas bella
Que esta fiesta será la que en Zelanda
Muy pronto debe celebrarse. A vella
Que no vengais, empero, yo es exhorto;
Y al nono canto aqui las alas corto.

CANTO X.

Pasion de Bireno por la hija de Cimosco. — Olimpia abandonada. — Combate entre la armada de Alcina y la de Logistila. — Derrota de la primera. — Aprende Roger á guiar el Hipogrifo y llega con él á las riberas del Támesis. — Reseña del ejército inglés. — Roger ve á Angélica desnuda, atada á un peñasco y próxima á ser devorada por un monstruo. — Rompe sus cadenas; móntala en su caballo y llévasela consigo.

¿ En cuál país, en cuál edad se vido,
Ora en feliz ora en adversa suerte,
Corazon mas constante y decidido,
Amor mas fiel, mas fuerte,
Que el que Olimpia mostró? ¿ qué amante nunca
Mas pruebas recibió, pruebas mas grandes
Que las que, del amor de la Holandesa,
El Zelandes de recibir no cesa?

¡ Ah! si de amor las palmas
Conquistar deben tan amantes almas,
Digna es una tan tierna y tan sublime
De que mas que la propia se la estime.
Y digo que la vista,
Y todos sus sentidos y potencias,
Y, á poderlas perder, mil existencias
Debió perder Bireno, y que su fama,
Su honor, y aun si otra cosa
Tuviera mas preciosa,
Debió sacrificar á aquella dama,
Ántes que de otra declararse amante,
Aun cuando fuese bella
Mil veces mas que aquella
Que al Occidente armó contra el Levante.

Los labios y las cejas con espanto
Vas empero á fruncir, ¡ oh sexo hermoso!
Al escuchar el crimen horroroso
Que recompensa fué de afecto tanto.